

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

Personajes célebres

DE LA ARQUEOLOGÍA

LA MOMIA DE RHAMSÉS III



De este soberano que
fue grande en tiempos mejores,
queda hoy en día, lectores,
lo que en la caja se vé.
Y es de asegurarse, a fe,

que antes de momificado
tan silencioso y callado
era como hoy, y bien pudo
el vulgo llamarle *El mudo*
y dejarle aún bien parado.

Illustration of various characters and scenes, including a woman in a mask, a man in a top hat, and a man in a suit, surrounded by a border of small faces.

AÑO III
Nº 120
Junio 14 de 1896
PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	5.00
Un año	9.00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franco.
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

NOTA—Todo escrito que no lleve firma, pseudónimo ó señal al pie, pertenece al Director de este semanario.

SUMARIO

TEXTO—Zig Zag—«Para Ellas», por Alina Doré (Imposible, por Ricardo Gil)—«Epitafio fin de siècle»—«Etimologías bárbaras», por Kiel—«Galería Uruguaya» Juan Zorrilla de San Martín—«¿Qué es lo que vale?», por Luis de Ansorena—«Teatros», por Re-Bemol—«Ironías», por Fafael Torromé—«En preterito imperfecto. IV. Metallo», por Arturo Giménez Pastor.

GRABADOS—«Personajes célebres.» (De la arqueología). La momia de Rhamés III, por Wimplaine II—«Para Ellas» (Retrato de la señorita María Luisa Ramírez, por A. Giménez—Retrato en serio», por Wimplaine II—«Galería Uruguaya. Juan Zorrilla de San Martín—«Museo cómico» (Manuel Correa. Gastador, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Según las últimas noticias, D. Juan Excelencia está decidido á hacerse pintar.

A hacerse pintar en lienzo, bien entendido; no fuera cosa que los maliciosos, «las serpientes venenosas», como dice una señora de alta posición política, (en nuestro país se ven estas cosas) de muy alta posición política, se dieron á pensar que intenta D. Juan hacerse pintar el rostro, á usanza de las *prima-donnas* y de Julio Herrera en las grandes noches.

Lejos de todos tal pensamiento! Que si bien tiene el buen D. Juan veleidades de presunción, como aquella de hacerse estirpar la verruga, quizá por no usurpar sus derechos á D. Ildefonso García Lagos, quizá por hermosear su rostro limpiándole de apéndices dignos de una patrona de posada más no ciertamente de quien ciñe banda presidencial y come del Presupuesto; si bien tiene estas veleidades, probablemente provocadas por insinuaciones de la familia, no alcanzan ellas á hacerle alterar el color de su rostro, de suyo sano y fresco gracias á su saludable papá y á lo mucho que come.

Se trata tan solo de hacer reproducir por el pincel de hábil artista su lindo palmito, para admiración de las venideras generaciones.

Claro es que más sencillo sería por medio de la fotografía, pero él ya está cansado de las fotografías porque le engañaron con que del objetivo iba á salir un pajarito, para que se distrajera y estuviera quieto, y después no salió nada, pero salió él con la boca abierta.

—Y luego,—decía á sus íntimos—á veces me han sacado mal; en Mercedes me fui á retratar una vez, y en cuanto destaparon el agujero de la máquina me dieron ganas de

estornudar, y estornudé, y salí en la placa con siete cabezas.



—Que son las que merecía tener vucencia,—agregó cortesmente Brian—porque para tan clara inteligencia como tiene vucencia, parece poco una cabeza, aunque sea como la del sacristán de la Matriz.

—¡Bromista! dijo ruborizado de gozo don Juan. Y le pinchó á Brian la barriga con el dedo índice.

Y mientras Brian, lleno de cosquillas se doblaba riendo como un canibal contento, D. Juan continuó:

—El retrato ha de ser, pues, pintado. Ahora bien; ¿por qué procedimiento lo haremos?

—Yo creo que con óleo es lo mejor,—opinó don Gregorio Sánchez.

—¿Con óleo? Los óleos ya me los pusieron cuando era chico,—dijo don Juan—y no necesito más; éste se había creído que yo era todavía infiel. Cristianao y bien cristiano, ché!

—No, Excelencia.—intervino Brian.—«Al óleo» quiere decir con pintura de aceite.

—¡Ah! Y yo que quiero retratarme de fraque... ¡Pues bonita me va á quedar la ropa pintada con aceite!

—Al pastel, entonces,—sugirió Brian.

—¡Ah pilló! —dijo Su Excelencia— Brian siempre con *pasteles!*



Y volvió á pincharle la barriga con el dedo índice muy duro.

Y dejándole que se retorciera de gusto dando grititos entrecortados, siguió:

—¿Y la postura?

—El retrato será de cuerpo entero... murmuró pensativo Cabral.

—¡Claro, bárbaro! No me van á partir por la mitad! Y después, yo quiero que se me vean los botines de charol, porque han dado en pintarme por ahí con alpargatas y la gente puede creer...

—¡Oh! ¡Excelencia!—exclamó Brian en tono de dulce reproche.

—Bueno; retratate también los pieses—dijo el coronel don Pedro hermano;—á ver si te movés como en Mercedes y salís con siete patas.

—Que son las que Vucencia debiera tener—interrumpió Brian atajando el enojo de S. E.—pues parece que debiera poseer más aparatos locomotores quien como Vucencia hace gala de una actividad, en viajes y paseos, no igualada por nadie desde los tiempos de Trajano, que recorrió personalmente todo el

Imperio Romano, posando su pie ora en la nebulosa Germania, ora en la ardiente Numidia, hoy en la triste Jerusalem, mañana en la voluptuosa Cápua!

—¡Bravo! exclamaron todos electrizados. —Si, sí,—añadió con aire displicente don Juan.—Ya sé todo eso; he estudiado la Historia Natural y nada de eso olvido. Pero volvamos al retrato ¿Qué opinan de la posición?

—Yo creo que lo mejor es parado—dijo don Gregorio Sánchez.

—¡Oh, non!—saltó Monsieur. Sentadó, con la mejilla apoyada en la mano, *dans une attitude soñadora, de douce rêverie. En France il s'estile...*



—¡Protesto! exclamó Brian—Vucencia debe retratarse á caballo, en recuerdo de la revista del Sauce.

—¡No, no! gritó Don Juan. Puede moverse el caballo y salir yo montado sobre siete caballos, y creer todos que soy acróbata. No se me olvida la fotografía de Mercedes.

—Entonces... dijeron todos.

—El pintor opinará después. Y elijo por pintor á Don Juan Manuel Blanes, dijo Don Juan.

—¿El que pintó *Los Treinta y Tres?* preguntó Don Pedro hermano.

—Sí, contestó Brian, y *La fiebre amarilla.*

—¡Qué bruto! exclamó Don Pedro, ¡Y teniendo en frente la fiebre amarilla la dejó escapar! Si soy yo la acuchillo y se acaba la peste en el mundo.

El anuncio de la comida cerró la boca á todos, pero de esto podría deducirse que el pintor va á tener no poco trabajo para dar gusto á todos, si algunos no opinaran que el retrato de Don Juan es la cosa más fácil del mundo.

Dicen que con un vientre y una baldosa está completo el parecido.

Pero no hay que hacer caso á estos bárbaros.

El descubrimiento de los trozos de una niña descuartizada está preocupando grandemente á la policía y al público bonaerenses. Y con motivo de las pesquisas llevadas á cabo para ver de descubrir el crimen, ha salido á luz cuanto lio amoroso había en Buenos Aires.

Porque la prensa argentina, una de las más cultas, según dieres, no se para en barras para publicar todos los detalles de ellos, con nombres propios y hasta con particularidades obstétricas.

De modo que, de hoy en adelante, á todo marido que se crea engañado con resultancias en los registros parroquiales, le bastará dejar á una pequeña en estado de *carbónada* para que, de las averiguaciones salgan á luz en la prensa, entre todas las historias íntimas, la que le interesa directamente.

Y véase cómo los descuartizamientos van todavía á llegar á ejercer influencia moralizadora.

Pero habrá que dedicar un día del calendario para celebrar la *Descuartización de los Santos Inocentes.*

—Cosas *Fin de siècle* decía yo á uno.

—No; fin de los menores de edad, si seguimos así, me dijo él.



GALERIA URUGUAYA



Juan Zorrilla de San Martín



Fotografía CARAS Y CARETAS



Montevideo

Pues se piensa retratar,
va ya el presente proyecto
que hemos ya pintado, á efecto
de podernos presentar
si es que á concurso llamar
piensa don Juan, y le dura
el afán de su figura
en gran formato admirar.



Pues hoy estoy revolucionaria de arriba abajo. Parecerá mentira, pero yo sé lo que me digo. Sea cosa de los nervios, este presente griego que el Siglo XIX nos ha hecho á las mujeres, (porque yo no sé que antes hubiera tantas neurasténicas como ahora) sea convicción nacida al calor (si es que algo puede nacer al calor de algo con estos días árticos) nacida al calor de la reflexión, el caso es que hoy tengo impulsos rebeldes.

¿Y á que no se figuran contra quién?

¿Lo digo?

Contra San Pablo.

Sí, contra San Pablo, porque escribió la famosa Epístola.

Y esto se me ha ocurrido con tanto casamiento como se han verificado en estos días, empezando por el de Angelita Alvarez y concluyendo con el de Corina Duprat, que vi casar el jueves con Félix Schickendantz. (Les recomiendo el apellido, que por cierto, se le atragantó, con mucha razón, al padre cura esa noche. No es para menos; cualquiera se supone que un excelente mozo como es él, se atreva á llevar diez consonantes en el apellido.)

Pues sí. De la Epístola que leen á los novios he sacado en consecuencia que, según San Pablo que ¡claro! era hombre antes de ser santo, la mujer debe obediencia y amor al marido; y si tiene mal carácter, sufrírselo; y si tiene disgustos, compartirlos; y si grita, callar, y así todo.

En cambio el marido debe á la mujer protección, consideraciones, respeto, amor, y nada más.

Y todavía si hicieran caso de la Epístola, con lo poco que pide, menos mal. Pero, buenos son ellos para epístolas! ¿Se han fijado como la oyen?

Mientras nosotras la escuchamos con toda unción, recojidas y emocionadas, ellos la escuchan tirándose el bigote ó mirando los angelitos del altar, como quien dice: «¡Qué largo y qué fastidioso es esto!»

Y una vez que salen, si te he visto no me acuerdo.

Y hacen lo que quieren.

Porque ¿qué castigo tienen si faltan á la Epístola?

La ley, dicen, permite que nos divorciemos.

Pero esto, además de prohibirlo la Iglesia, y no ser moral, y ser escandaloso, es lo mismo que nada.

¡Valiente remedio! Quitarnos el marido del todo, cuando, por el contrario, lo que queremos en esos casos es todo el marido, que sólo tenemos en parte!

Si San Pablo hubiera conocido á los hombres, hubiera puesto en la Epístola más deberes para con la mujer, ya que los que á ella impone pueden resumirse en la locución vulgar de «Paciencia y aguantar», y hubiera señalado penas á los hombres infieles!

Por ejemplo. Al que llegara tarde á su casa, afeitarse el bigote; al que fuese á bailes de máscaras, afeitarse una ceja; al que fuese reconocido infiel, sacarle un diente por cada vez. . . .

Pero, recién me fijo, ¿cuántos hombres sin bigotes, ó sin cejas, ó desdentados iban á andar por esas calles?

En vez de marido iban muchas á llevar del bravo un bicho cualquiera. . . .

Y al vernos con el marido en ese estado, claro, todas iban á saber que nos había engañado. . . .

Me dá vergüenza, ¡estúpida que soy! pero. . . .
San Pablo era un gran sabio, é hizo la Epístola como debía ser.
¡Siempre, por una ó por otra causa, hemos de tener que contentarnos las mujeres con aguantar! San Pablo nos conocía! Lo reconozco.

Declaro, aunque nadie haga maldito el caso de la opinión, que los sombreritos que van entrando en moda me parecen horribles.

El otro día vi en misa á María Salvañach, que es muy bonita, con uno de ellos, y me pareció. . . menos bonita.

¡Vaya unas modas que nos va mandando la Francia!

Y para no concluir hablando de cosas feas, ahí va esta preciosa rima, que copio encantada.

IMPOSIBLE

Si yo encontrar pudiera la milagrosa vara que de Moisés en manos, en árido desierto, logró de estéril roca las aguas arrancar, con ella, ingrata hermosa, tu corazón tocará, tu corazón de mármol, al sentimiento muerto, y aún dudo que las lágrimas llegaran á brotar.

Ricardo Gil.

Por la copia

ALINA DORÉ.

Epitalamio "fin de siècle"

A un amigo que estaba en capilla, próximo á ser casado en San Francisco, que es gordo, grande y farmacéutico.—(Todo esto para mejor inteligencia del lector).

¡Oh gran Félix! Lo he sabido y aún la sorpresa persiste. No es para menos. Caíste, ¡y al caer tú has de meter ruido!

Qué aún á riesgo de armar cisco con paso tan atrevido, para atarte se han unido Himeneo y San Francisco.

Y atar digo, haciendo caso á quien diz que alguna vez el del matrimonio es amarrazón y no lazo.

No sé si habrá en estas cosas algo cierto, ó son excesos; más recuerda que á los presos también les ponen esposas.

Pero, dejemos razones que á ti no te han de hacer gracia, aunque, siendo la Farmacia el fin de tus aficiones,

no es, por cierto, temerario decir que, hoy, esta andanada, te viene «como pedrada en ojo de boticario».

Mas, si es que ello no te alegra, es muy fácil que lo olvides, tan luego hoy, que te decides muy contento, á contraer suegra.

Al fin es justo. «¡Creced, y multiplicaos!» dijo Dios; y tú, buen hijo, aprovechas la merced.

Y no es bueno contrariarte ya que hacerlo has decidido; que demasiado has crecido y debes multiplicarte!

En conclusión; por lo mismo que te aprecia quien te quiere, me alegraré que se altere tu partida de bautismo.

Y que oyendo el cielo mis votos, haga que te veas siempre gordo, y desde hoy seas en vez de Félix, Feliz.

Etimologías bárbaras

PARAGUAY—Viejos pergaminos que sólo yo conozco hasta ahora y que nadie conocerá en adelante, cuentan que el descubridor de este país, cuando

por vez primera pisó su suelo, dijo con entusiasmo á los que le rodeaban:

—¡Para agua y. . .

Más no pudo terminar porque cayó muerto repentinamente.

Una desgracia.

¿Qué iba á decir el conquistador?

¡Misterio!

Quizá «Para agua y vegetación, ó calor, este país, etc.», cuando lo desplomó la muerte.

De suceso tan dramático, según mis pergaminos, deriva el nombre de Paraguay, en recuerdo de las primeras y últimas palabras de su descubridor.

PERÚ—Como un gallego no falta en parte alguna, como no falta en un gallego una barbaridad por cometerse, vino uno entre los acompañantes de Francisco Pizarro; y tan arruinado de nacimiento, que jamás viera él hasta entonces una moneda de oro en su poder.

Así es que cuando los naturales del país les salieron al encuentro con las manos llenas de oro, el desdichado gallego perdió la cabeza, completamente enajenado, exclamando en el colmo del estupor: «¡Perú! . . . ¡Perú! ¡Perú! . . .»

Y no atinó á decir más, porque perdió la razón por completo, expresando en aquellos perus (equivalentes á peros castellanos) todo su asombro y galleguil admiración.

De aquí Perú.

KIEL



La pensamos, y vimos que era buena; los recordamos y vimos que eran dignos.

He ahí el jénesis de ella.

El éxito, superior á lo esperado, de nuestra Galeria de celebridades, lo decidió.

Era justa, era necesaria una ampliación á ésta; el genio no tiene patria, es cierto, pero el esfuerzo nacional debía recordarse y estimularse en lugar de honor, porque es nuestro, y porque nos dignifica, y porque podemos hacer esto con brío.

La inauguramos, pues, hoy, con el retrato del más brillante de nuestros escritores, con el entusiasta cantor de las glorias de la patria y las virtudes de la raza.

En ella irán apareciendo los retratos de todos aquellos, no muchos, por cierto, que forman la vieja guardia de la intelectualidad uruguayaya.

Y es justicia.

EL RETRATO DE HOY

Dr. Juan Zorrilla de San Martín

Nadie adivinará al verle pasar junto á sí, rápido, casi veloz, dando diez pasos breves y seguros en el tiempo en que otro da cinco; nervioso, inquieto, remolineando con singular agilidad entre los cinco dedos de su mano pequeña la eterna varita de ballena; la mirad fija, el cuerpo escaso, nadie adivinará, decía, en él al cantor de *La Leyenda Patria* y *Tabaré*.

No hay en su cabeza cubierta de recio pelo negro que antes llevaba echado hacia atrás como por una violenta racha de viento, que diría doña Emilia Pardo Bazán, no hay en la cara llena, cincundada por una barba tan recia como el pelo, recortada y vulgar, esas líneas características que dan lo que se llama una «cabeza de artista».

Pero la frente es espaciosa y ella y su mirada pensadora de reflejo metálico manifiestan al artista-hombre de ahora, ya que no al artista semi-dios á que nos tenia acostumbrados la tradición romántica.

Al hablar se anima, las palabras brotan espontáneas, fáciles, y su conversación nerviosa y vivaz interesa desde un principio.

Hablando en público, crece; su cuerpo pequeño tiene actitudes nobles, siempre ajenas de afectación; el ademán es sobrio y elocuente, el acento seguro. Tiene un metal de voz hermosísimo y una ductilidad de expresión que atrae y domina en seguida al auditorio. Es, sin disputa, nuestro mejor orador.

La diplomacia le tiene tiempo ha lejos de la patria, y desde las últimas estrofas de *Tabaré* no ha vuelto á sonar su lira para nosotros.

Eclos de allá anuncian la aparición de otro libro, un libro de recuerdos é impresiones quizá, un libro de título hermoso y sonoro: *Resonancias del camino*. Así sea; para concluir con el cristiano *Amen* la silueta del poeta católico.



Cansado un rey de ostentar las galas que requería su posición, tiró un día su corona á un muladar.

Y...—¡Quien quiera, que la coja! dijo; ¡ya la resistí bastante, y es para mí sólo una carga que enoja!

¡Fuera inútiles preseas que no acreditan valor!... ¡Es la corona mejor la que forman las ideas!

Y, aunque mi deseo asombre á todos los de mi grey, ¡mejor que ser un mal rey, ¡prefiero ser un buen hombre!

II

Y en el instante que digo, en el muladar se hallaba un triste que remendaba sus harapos de mendigo.

Ve á su lado rebotar la corona; oye al monarca, y con los ojos abarca la extensión del muladar.

Y al convencerse que no le observan, dice:—¡Es extraño! Pero en tomar no hay engaño... ¿La arroja? La tomo yo.

Seré rey, porque es de ley que el que la da, dé su nombre; ¡mejor que ser un buen hombre, ¡prefiero ser un mal rey!

III

Y, como el pobre ambiciona que le paguen los desdenes que le hicieron, en sus sienas pone al punto la corona

reclamando un vasallaje que nunca podrá obtener, pues el pueblo ríe al ver lo haraposo de su traje...

Y en vez de la sumisión que acaso encontrar creía, el pobre sufrió aquel día la más grande humillación...

Y dijo al fin de la prueba:—Nada vale la corona; lo que importa es la persona que por derecho la lleva...

Siendo de mi misma grey tal vez la razón les sobre... Si me han conocido pobre, ¿cómo han de quererme rey?

IV

El monarca, que dejó por desdén ó por hastío, con el trono el señorío que por herencia adquirió,

mezclóse entre unos y otros diciendo con alegría: —¡Al fin ha llegado el día de ser igual á vosotros!

Y en tumultuoso tropel mil hombres se le acercaron y á sus anchas se burlaron porque eran iguales á él.

Y, al verse el monarca objeto de la afrenta popular, quiere al punto castigar á quien le falta al respeto; y la turba, antes sumisa, más con esto se alborota, y ni cesa la chacota, ni halla término la risa.

Y al verlo perdido todo el monarca se alejó, y al hacerlo murmuró con tristeza, de este modo:

—Ya esa canalla se atreve contra mi augusta persona... ¡Lo que importa es la coronal... ¡Y... llévela el que la lleve!

LUIS DE ANSORENA.



Con el mismo éxito de siempre sigue funcionando en Solís la Compañía Pastor.

Por lo que toca al repertorio, la novedad de la semana ha sido el estreno de «Doña Juanita,» arreglada al español por el señor Fernández.

Los carteles dicen así, *arreglada*, pero solamente los carteles dicen esto.

La obra dice, á gritos, que está desarreglada. Yo no sé por qué estos señores que se dedican á importadores de obras han de dar en la idea de arreglarlas, cuando maldito si lo necesitan desde que el público les ha dado ya su Visto Bueno tal como las escribió el autor.

A no ser que lo hagan para justificar el dicho de que no hay padrastrero bueno.

Por lo demás, Juárez hizo reír, de *bebé*, y la Pastor, siempre interesante, dió relieve al papel de Felipe.



San Felipe, *arrempuja que arrempuja*, va andando. Y también esta semana ha ofrecido al público su novedad.

El estreno de Carmona! Para novedades la empresa de San Felipe. Y valga que el simpático tuerto es muy querido por todos y su estreno será bien recibido, aun á título de novedad.

Y sobre todo, á falta de otras.

RE-BEMOL.

IRONÍAS

II

Apenas hubo arrojado el anzuelo sobre el mar, lo aparté, sin intentar hacer cautivo un pescado.

Obraba así por virtud de un extraño sentimiento,

mezcla de remordimiento, de bondad y de inquietud.

—«No turbaré vuestra calma, peces, ni vuestra ventura, ni hallareis más amargura en ese mar que en mi alma.

Cuando os aprestan hogares las rocas abriendo el pecho y os ofrecen blando lecho con el limo de los mares,

¿seré de más inhumana y perversa condición yo, que siento el corazón henchido de sangre humana?...

Abried el verde cristal de vuestras aguas salinas, y alegrad á las ondinas en sus lechos de coral.»

Sacando la boca fuera de las aguas, se acercó á la orilla un pez, y habló conmigo, de esta manera;

—Aunque aprecio tu bondad y tu conmiseración, no hallo justificación á tu liberalidad.

¿Acaso es mejor el sino que te estoy viendo sufrir? ¿No vas también á morir por diferente camino?

¿No es el aire tu elemento, como el agua el mio es? ¿Condenado no te ves al mismo encarcelamiento?

Yo también, mortal, pudiera deplorar tu infausta suerte, que es tu pescador la Muerte, y está en acecho, y te espera.

Cuando mueres, te figuras que es al cielo tu partida; yo también pierdo la vida camino de las alturas.

A ti la fé, á mí el anzuelo nos arrastran á la vez, y así el hombre como el pez mueren camino del cielo.

Yo no paso de la orilla; tú tampoco, que, en rigor, es la Muerte el pescador y es la tumba su barquilla.

Pretendes ser más humano que los mares. Ven aquí, á ver si tiene de ti compasión el Oceano.

Si en las olas encrespadas de una borrasca perezcos, pide socorro á los peces y te darán... dentelladas.

Eres en el mundo actor, y debes representar, sin pretender enmendar las cuartillas al autor.

Y pues se halla de esta suerte la existencia establecida, sigue la ley de la vida, hasta llegar á la muerte.

No tengas piedad de mí; pesca, y pesca sin recelo; que ya tienen el anzuelo preparado para tí.

RAFAEL TORROMÉ.



EN PRETÉRITO PERFECTO

IV

METALLO

Es fuera de toda duda que este solo nombre evocará en la mente de los mil admiradores de las valientes notas del pistón la gallarda figura de aquel primer pistón de banda, sin necesidad de más detalles, señas ni particularidades.

Tiene otros hermanos; pero, ya es sabido; la celebridad, como la luz muy viva, proyecta intensas

sombras á su alrededor. Metallo, así, solo, era el del pistón, cuando vestía el uniforme de alférez del batallón 1.º de Cazadores, entonces mandado por el coronel Amuedo.

Nobien la marcial charanga anunciaba *urbi et orbe* la salida del bizarro batallón (todos los batallones son bizarros, según terminología consagrada por el uso) se alborotaba el barrio, y cuanto cara femenina abrigaban las casas de puertita verde dividida en dos, á los efectos de dotar al inquilino de postigo, puerta y balcón terrestre (si esto puede ser), todo á un mismo tiempo; cuanto cara femenina embellecía las calles cercanas salía á ver el desfile, y los ojos garzos de todas las vecinas se iban tras de la oficialidad, aunque (y no es por hablar mal) tengo para mí que la mayor parte seguían el contorno rítmico de la cabeza de Metallo que, pistón en boca, marchaba al frente de la banda, inclinado marcialmente el *kepi*, hácia la derecha, con cierto *cachet* que recordaba la caída del sombrero *bersaglieri*, acariciado el borde por el rizado pelo negro que se envolvía hácia arriba, saliente el pecho, ceñido el talle por la militar *guerrera*.

El maestro titular de la banda era entonces el capitán Savini, pero se había hecho ya crónica la delegación de su autoridad en el inclito Metallo, quizá por razones de estética.

Savini era gordo y un tanto pesado, mientras Metallo, esbelto y ágil, decoraba mejor.

Verdad es que la embocadura del instrumento le había echado á perder algo la boca, retorciéndole ambos labios en opuestas direcciones, lo que la hacía parecer una rosa al abrirse; pero el resto de la fisonomía, la mirada viva, los pliegues enérgicos, la nariz recta, permanecían incólumes.

Opiniones autorizadas de admiradoras entusiastas afirmaban que sólo le faltaba un lunar de pelo para ser *matador*; y aunque jóvenes del barrio, un tanto recelosos, decían que tenía algo de *nápole*, lo cierto es que su fama de gallardo no llegaba á desmerecer con tan desechadas cuanto insidiosas insinuaciones.

Y se le admiraba cuando, al frente de la banda, formado el batallón *por mitades*, decía con acento enérgico levantando en alto el pistón: *Un, dos, trré!* y rompía la música con el paso-doble, mientras él, dándose vuelta, embocaba rápidamente el pistón y echaba á marchar balanceando el tirso con golpes de compás de dos por cuatro.

Pero, inconvenientes inevitables de la celebridad, Metallo era á un tiempo mismo el héroe y el mártir del pistón; porque, como todos se lo disputaban, hubiera misa de gloria en San Francisco, ó procesión en los *Vascos*, ó fiesta en la *Caridad*, allá iba Metallo con su banda, lo cual no dejaba de darle dezasones á él y á los curas, como una vez que, amenizando según costumbre la misa de gloria en San Francisco, rompió la banda allá en el coro con una marcha entusiasta, confundiendo el *Memento mortis* con el *Ite misa est*, lo cual desesperó á don Martín Pérez, que desde abajo se desgonzaba haciendo señas terribles, mientras Metallo ciego, encarnizado, todo él dentro del pistón seguía soplando valientemente, haciendo resonar el templo con una variación brillante.

Pero de todo aquello se desquitaba él en la plaza.

Allí, allí era el gran teatro de sus triunfos, en las grandes noches de retreta, cuando aún se alzaba en un triángulo, frente al viejo Cabildo, aquel tablado, desesperación eterna de los muchachos que hubieran dado seis meses de vida por subir y corretear en él.

Para esos momentos guardaba Metallo todos los esplendores de su famoso pistón.

Porque el instrumento participaba de la fama del músico; todos conocían y alababan aquel rico pistón de plata, bordado á cincel, con la leyenda: *Batallón 1.º de Cazadores*, circundando el escudo nacional; de allí salían aquellas penetrantes notas agudas que habían costado al bravo alférez la deformación de su boca.

Con eso de las retretas se había despertado la emulación entre los maestros de bandas militares y formado insensiblemente los consiguientes partidos opuestos.

Había quien era capaz de dar un ojo de la cara por Spinelli, y quien era capaz de dar una bofetada á cualquiera por Metallo.

El maestro Spinelli era director del entonces Regimiento 1.º de Artillería, y pistón también, por añadidura; de ahí que el montón de sordos filarmónicos que se apiñaba noche á noche al rededor del tablado estuviera dividido y agitado por frecuentes discusiones.

La cosa era difícil. Cuando Spinelli empuñaba la batuta para dirigir la *Rapsodia húngara* de Litz, se hacía respetar; y no había un sordo *metallista* que se atreviera á ponerle tachas graves. ¡Pero cuando Metallo embocaba el pistón!

¡Caramba! Cuando Metallo embocaba el pistón para tocar aquel famoso *Valse con variazione de piston per il Maestro*, entonces Metallo se hacía admirar.

De aquí que los sordos músicos, convinieran provisoriamente en que Spinelli era fuerte con la batuta y Metallo poderoso con el pistón.

Entre tanto, ambos primeros pistones de banda se debilitaban noche á noche soplando corcheas de un modo atroz, para solaz de los sordos filarmónicos. Porque no hay sordo que no sea aficionado á la música.

Metallo, escediéndose á sí mismo solía repetir dos veces, algunas noches, el famoso *Valse con variazione*, y entonces muchos temían por su vida.

Porque conforme iban saliendo las brillantes variaciones se le iban saliendo los ojos de las órbitas y la congestión en el pescuezo, y en la frente, y en toda la cabeza llegaba á un grado alarmante, aparte de que, á fuerza de echar un temporal por la boca, para admiración de los sordos, quedaba luego sin respiración para un cuarto de hora.

Pero también, ¡no eran aplausos los que se ganaba un hombre al concluir! Y luego, cuando, terminada

Museo cómico de «Caras y Caretas»

EL ARTE NACIONAL



MANUEL CORREA—Gastador

la pieza daba una vuelta por la plaza, el aire indiferente, la mano en la botonadura de la *guerrera*, todos decían en voz baja: «Ahí va Metallo» con la misma entonación con que las mujeres florentinas debieron decir, respetuosas y admiradas, señalando al gran Alighieri: «Ahí va el Dante!»

Las grandes noches de la filarmónica al aire libre, eran las en que se esperaba la ejecución de *La media noche*, *El combate*, y *El Ferro-Carril* de Caneschi.

Entonces acudía gente nueva y al empezar *La media noche* se oprimían los sordos al rededor del tablado con murmullo religioso, como deben apretar sus filas los soldados en el solemne momento en que va á empezar la batalla.

Sonaban despues las doce campanadas en medio de un silencio profundísimo y el que hacía de *eco* contestaba desde el atrio de la Matriz los toques de clarín que Metallo enviaba de su pistón, modulados con deleitoso cariño, con *crescendos* y *pianísimos* de una suavidad infinita, que sumían en éxtasis á los electrizados oyentes; y por fin, con un alegre compás de polka concluía entre murmullos y aplausos la celebrada pieza.

Por lo que toca á *El Ferro-Carril*, había diversidad de opiniones. Algunos que poseen recuerdos de otros tiempos, por supuesto mejores que los presentes siempre, aseguraban que la famosa polka dirigida por el maestro Savini era cosa que le hacía pensar á uno hasta en descarrilamientos. Aquello

era de oírse entonces se tocaba como Dios manda, con silbato, campana y hasta cadenas.

Y con esto amargaban el gusto á los demás que hubieran querido todo aquello y aun que la banda se llevara por delante á alguien, para imaginar el ferrocarril más completo.

Ultimamente, derribado el tablado, puesta en moda la Plaza Independencia por el paseo nocturno, había decaído un poco el entusiasmo filarmónico con el cambio de aire, aunque el nuevo sitio no tenía el inconveniente de las campanas, que, allí, en la Plaza de la Matriz, interrumpiendo muchas veces un *pianísimo* con el toque de ánimas, recibieron más de una vez miradas iracundas y amenazas de entredientes.

A pesar de todo, una vez instrumentada para banda la recién estrenada *Cavalleria Rusticana*, hubo noches soberbias.

¡Era de oírse aquella *siciliana*, llevado el canto por el pistón del gran Metallo!

Nunca se habían oído salir de pistón alguno agudos tan brillantes, tan limpidos, penetrantes como un espadín que atravesara los corazones de los admiradores, temiéndolos un minuto largo suspensos, como una sarta de riñones á la *brochette*.

Sordo había que en esos momentos, tremante de emoción, se inclinaba estirando el pescuezo como si quisiera meter la oreja ansiosa en la campana del pistón.

Pero también esto se acabó. Metallo, siempre al frente de su banda, fué enviado al Salto, cuando la indiferencia de la generación gastada empezaba á hacer palidecer su estrella.

Y allá estará destrozando corazones con los agudos penetrantes como agujas, limpidos, insinuantes de su famoso pistón.

Ahora es Teniente.

Merecía ser Coronel.

Ningún militar ha luchado tanto y sudado tanto con arma tan inofensiva, ni jefe alguno ha dirigido tantos *Combates* como él dirigió en los buenos tiempos en que era esta pieza la favorita de la filarmónica ambulante.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

PUBLICACIONES

Hemos recibido:

—Una circular por la cual se nos hace saber la próxima fundación de un Instituto Histórico Geográfico. Por falta de espacio no damos á la publicidad la hoja recibida, pero hacemos votos porque la importante institución proyectada se lleve á cabo, y felicitamos á su iniciador don Serafín Ledesma por tan patriótica idea.

—Un interesante *Catálogo* de la «Cabaña Reyes», publicación de importancia para los que á la ganadería y producción de animales finos se dedican.

—*Comercio Exterior y movimiento de Navegación de la República O. del Uruguay*, folleto de la Dirección de Estadística General, que contiene interesantísimos datos sobre lo que el título indica.

—*Paso del Rey y San José*—Folleto en que nuestro amigo D. Enrique Antuña describe, con estilo brillante y vigoroso, los dos episodios de la guerra de la Independencia, cuyos nombres sirven de título al libro.

Se lee con gusto y es de utilidad por acompañarlo interesantes documentos históricos.

Gracias á todos.

Correspondencia Particular

C. F.—Montevideo—

De locuras un abismo tiene usted dentro, y no le atan!

Léaselos usted mismo, á ver si por fin lo matan.

Monigote—Id.—Pero ¿cree usted que hay hoy en día un hombre decente capaz de leerse veintinueve cuartillas de prosa bárbara?

Canio—Id.—Contestarle es fácil cosa ya que usted así lo ha pedido.

Pues... creo que, en vez de oído tiene usted una baldosa.

Juan Pachorra—Pando—No, hombre; no

E. G. F.—Montevideo—

La verdad, diciendo, creo (y esto no es por disgustarle) que no debían dejarle vivir en Montevideo.

J. S.—Id.—Va usted adelantando; pero todavía falta un poco. Venga otro, á ver.

Perico—Id.—Pues hombre; me vendrían bien unos cuantos como esos.